

CAPÍTULO X

FRANCOS.

MAYORDOMOS DE PALACIO, 614-715.

La adúltera Basina, mujer del rey de los turin-
gios (1), la primera noche en que participó del tá-
lamo que había de hacerla madre de Clodoveo,
le dijo: *Guardemos continencia: levántate y cuenta
á tu sierva lo que veas en el patio de palacio.* Con
efecto, habiéndose levantado, vió leones, unicor-
nios, leopardos jugueteando saltando, y volvió á de-
cirsele á su compañera. *Vé y mira de nuevo,* repu-
so ella, *y luego instruye á tu sierva.* Por segunda
vez salió de su aposento y vió osos y lobos. Su ter-
cera vision le ofreció el espectáculo de gozquillos
y de bichos abyectos. Entonces Basina le habló de

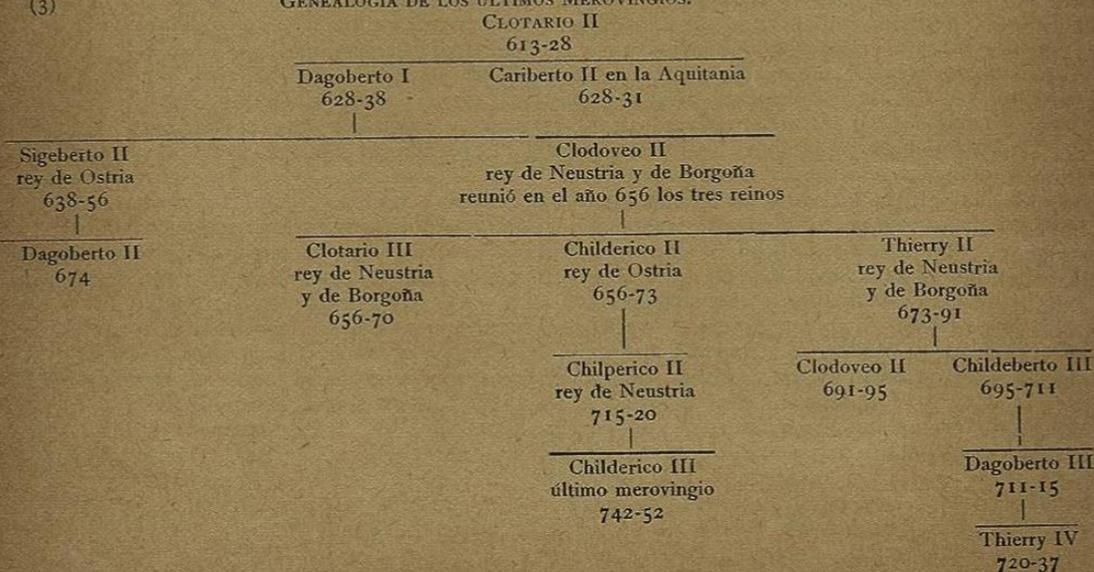
esta manera: *Todo cuanto acaban de ver tus ojos
es la verdad pura. De nosotros nacerá un león: sus
valerosos hijos están figurados en el leopardo y el
unicornio. Con el tiempo ellos engendrarán á su vez
lobos y osos valientes y voraces. Después los últimos
serán perros; y la turba de bestias indica á aque-
llos que han de maltratar al pueblo no defendido
por sus reyes (2).*

De esta suerte la Edad Media, traduciendo en su
estilo las ideas en predicciones y en hechos, indi-
caba la degeneración progresiva de los Merovin-
gios (3), que después de haberse engrandecido con

(1) Véase pág. 114.

(2) Epístola de Gregorio de Tours, *Script. Fr.*, II, 397.

(3) GENEALOGIA DE LOS ÚLTIMOS MEROVINGIOS.



Clodoveo, veremos declinar con Clotario II y Da-
goberto I, y luego bastardearse en sus sucesores
para ceder el puesto á una raza mejor.

Clotario II, 613.—Habiendo reunido Clotario II
los cuatro reinos francos de Neustria, Ostria, Bor-
goña y Aquitania, hubiera podido reparar una lar-
ga paz las fuerzas del país; pero por el contrario
todo propendia á agotarlas. Era la dominación de
los Merovingios un tránsito de la barbarie al orden:
para el porvenir no había echado ningun cimien-
to. Algunos Estados se habían formado con la
mezcla de los indígenas y de los invasores: luego
el uno había avasallado al otro, sin que fuera posi-
ble establecer ninguna distinción política ó de
raza. Fuera los estrechaban aun los turingios, los
bávaros, los alemanes, alternativamente vencedo-
res ó vencidos, aunque indómitos siempre: no se
cansaban los frisones y los sajones de hacer la
guerra á la Ostria: los bretones y los pueblos de la
Armórica, á la Neustria: en la Provenza, en la Nar-
bonense y en la Aquitania, aspiraba la población
romana á hacerse independiente: y las ciudades,
que habían conservado un residuo de instituciones
municipales, oponían sus ligas á las armas de los
francos.

El establecimiento de estos conquistadores en
las Galias había alterado en ellos los hábitos de la
libertad germánica, disminuyendo los hombres li-
bres en número é importancia, al propio tiempo
que cesaban las asambleas generales. Había esclu-
ido el clero á los seglares de la elección de los obis-
pos; pero estos nunca alcanzaron en las Galias tan
inmenso poder como en España, refrenados como
estaban por los reyes, de quienes recibían en su
mayor parte la investidura, y escogidos á menudo
entre la raza conquistadora, sin tener más mérito
que saber hacer la corte al soberano y agradarle.
Era reconocida la supremacía romana; pero dis-
tante el pontífice y en lucha con los sofistas y los
fuertes, había delegado gran parte de sus poderes
al obispo de Arlés, haciendo de este modo más es-
casas sus relaciones con esta monarquía, que ha-
bía educado en la cuna.

Esforzábanse los reyes por hacerse herederos
del imperio romano y por robustecer su propia
autoridad sobre los restos de éste. Pero su cualidad
originaria de ser los primeros entre sus iguales, les
impedia de todo punto constituirse en centro de
aquel gran movimiento, y elevarse en medio de la
multitud de grandes propietarios entre quienes se
hallaba repartido el territorio.

Hasta esta misma aristocracia carecía del vigor
necesario para dominar sobre la sociedad nueva,
porque no había comun acuerdo entre sus filas
más que para restringir las prerogativas reales.
Ya sus miembros habían obligado al fisco á hacer
liberalidades numerosas: los beneficios, los hono-
res se convertían de revocables en vitalicios: pos-
teriormente el tratado de Andelot (587) permitió
á los leudos hacer hereditarias las tierras donadas
á título remuneratorio. De tal modo prevaleció la

aristocracia territorial, que Brunequilda, que quiso
ponerle diques, cayó víctima de la guerra que es-
talló entre los señores y el monarca (614). Clota-
rio II mandó restituir los bienes que ella había
adjudicado á la corona, y estendió el tratado de
Andelot á la Neustria. La aristocracia, viendo le-
gitimadas sus usurpaciones, hallándose establecida
en dominios distantes, y temerosa de que si se
presentaba, pudiesen los reyes debilitar su ambi-
ción ó reprimir su rapacidad, no asistía ya á las
asambleas nacionales; tampoco asistía la masa de
los hombres libres, cada vez más pobres, y ocupa-
dos en proveer á sus necesidades: faltaba, pues,
la base de las constituciones germánicas, y á los
desiertos campos de Marzo ó de Mayo no concur-
rían sino los empleados de palacio y algunos leu-
dos de los más poderosos.

Habiéndose aumentado el poder de estos, no
quedaban á los pequeños propietarios para liber-
tarse de la opresión más que dos caminos: ponerse
bajo el patrocinio de los leudos, declarándose sus
vasallos y obligándose al servicio militar con ellos;
ó si poseían un dominio suficiente, convertir sus
alodios en beneficios, y previo el homenaje al rey,
ingresar también ellos de este modo en la clase de
los leudos.

Guerra.—El leudo tenía obligación de empuñar
las armas siempre que el monarca enarbolaba la
capa de San Martín, y todo propietario debía su-
ministrar víveres á su contingente, como también
munitiones para los almacenes. Por el salario
suplían ventajosamente el botín y los prisioneros:
los leudos más ricos y los empleados de su casa
servían á caballo: todos los demás á pié. En lo
concerniente á la guerra, disfrutaba el rey de una
autoridad ilimitada, por ser el servicio militar la
primera obligación inherente al beneficio, y en-
volver la negativa al uno la pérdida irremisible del
otro; pero, cuando en tiempo de paz llegaron á
convertirse los leudos en grandes propietarios,
prevaleció esta condición sobre la de ser compa-
ñeros del rey, hasta tal punto que, separándose de
su lado, se ligaron entre ellos.

Esta organización imperfecta se hallaba grande-
mente modificada por los elementos que en ella
habían depositado las civilizaciones romana y ger-
mánica en diferentes grados. Los francos de Os-
tria, dejando sus escursiones, habían echado raíces
en las orillas del Rin, del Mosela y del Mosa;
pero inmediatos como estaban á la antigua Ger-
mania, habían conservado mucho de su índole.
Todavía salían algunos de ellos por bandas para
ir á saquear la Italia ó el Mediodía de la Gaha; á
la par que otros, deseosos de orden y de institu-
ciones nuevas, se fortificaban dentro de sus cas-
tillos, asociando de un modo enérgico y original
el espíritu turbulento de los conquistadores con la
estabilidad de los propietarios. Al revés, los de
Neustria, establecidos en el corazón de las Galias
se enervaban en la paz, y por lo mismo consi-
deraban como bárbaros á sus belicosos hermanos.

Mayordomo.—Ya los emperadores romanos habían hecho títulos de honor de los diferentes servicios de la casa imperial, sin escluir los más abyectos. Imitado fué su ejemplo por los reyes germánicos, cerca de los cuales la dignidad adquiría igualmente su brillo en la adhesión á la persona del soberano. Aquél que era grande dentro de palacio, era también grande á los ojos del pueblo. Los ministeriales ó servidores del rey estaban bajo las órdenes de uno de ellos llamado mayordomo, que los mandaba en tiempo de guerra, y dirigía en tiempo de la paz la administracion de los dominios particulares del monarca. Cuando estos empleados llegaron á ser hombres libres, subió de punto la importancia de los mayordomos, y todavía más cuando comenzaron los reyes á distribuir terrenos en feudo. Entonces hubo de entenderse el mayordomo con los que tenían que recibir la investidura, y frecuentemente él era el que arreglaba la infeudacion. De este modo vino á ser el primero entre los leudos, su juez durante la paz y su caudillo en la guerra. Como posteriormente aspiraban á ponerse bajo la proteccion del rey todos los hombres libres, también tuvo que ser juez de los leudos, juez del pueblo.

Cuanto más se aumentaba su influjo más codiciado era el empleo de mayordomo, llegando á ser privilegio de las principales familias, que añadieron su importancia personal á las atribuciones cada vez más estensas de este empleo. Disponiendo desde entonces los mayordomos de los beneficios á su antojo, se proporcionaban de esta suerte un grande influjo, y se hacían parciales y clientes entre los principales beneficiados. Como en los frecuentes cambios de reinado corrían estos riesgos de verse desposeídos de sus tierras, hicieron de modo que el mayordomo no fuera del rey, sino del reino, á fin de que al mudar el uno continuara el otro en su puesto. Luego que lo hubieron conseguido gozaron en seguridad de sus posesiones; y el mayordomo, jefe de la más poderosa parte de la nación, inamovible en medio de las mudanzas del poder real, alojaba diariamente los lazos de su independencia respecto de éste, hasta que los grandes acabaron por atraer á sí la eleccion de este dignatario, sin que el soberano tomara parte en ella con su voto, ni aun siquiera con la investidura. A instancias de los grandes, juró Clotario II no remover nunca á Varnacario del empleo de mayordomo del reino de Borgoña (15 octubre de 614), ni á Rodon del de la Ostria; y finalmente hizo lo propio respecto del de Neustria (4).

(4) Se halla el mismo empleo entre los anglo-sajones. Véanse PHILIPS.—*Englische Reichs und Rechtsgeschichte*, Berlin, 1828. II, 8, 9. Sismondi, en su *Historia de los franceses* y en la de la *Caida del imperio romano*, ha deducido la palabra mayordomo de *mord* y *dom*, juez del asesinato, como si éste hubiera sido un magistrado elegido por el pueblo para proteger sus franquicias contra el monarca; suposición que carece de todo fundamento.

De electiva que era esta dignidad, no tardó en convertirse en inamovible y hereditaria, teniendo interés los grandes en sustituir al que moría con un miembro de la misma familia, que les conservara sus beneficios como á clientes. Hé aquí, pues, un empleo de palacio convertido en dignidad del Estado, hereditario y poderoso en extremo. El lugar-teniente del rey vino á ser general del ejército; el juez de palacio figuró como gran justicia del reino, y acumuló así en su persona los poderes que se escapaban de la débil mano de los príncipes. Solo una cosa faltaba á todos los mayordomos, y era que uno solo reuniera en sí estas funciones respecto de todas las partes del reino.

Contribuyó á consumar la revolucion la menor edad de los reyes, porque en el trascurso de ciento catorce años (638-752) solo uno ó dos llegaron á la edad, pero no al juicio viril. Por eso la historia los designa con el nombre de *reyes holgazanes*. La firmeza de los mayordomos contrastaba con su debilidad siempre en aumento. Teodeberto II había elevado á este puesto en la Ostria á Arnulfo que, vástago de una noble familia galo-romana, había adquirido por su talento y por su sabiduría crédito y poder, hasta que se retiró completamente de los negocios públicos y fué nombrado obispo de Metz, su patria.

Pepino el anciano.—Tenía por deudo y amigo á Pepino, hijo de Carloman, de una familia ostriana, que, propietaria de grandes dominios junto al Mosa, poseía allí el castillo de Landen. Después de haberse señalado personalmente por sus virtudes, su sincera piedad y su mérito, fué contado como el precedente entre el número de los santos.

Por consejo de Arnulfo y de Pepino se habían determinado los señores de Ostria á conferir la corona á Clotario, rey de Neustria (613). Poseído de gratitud respecto de ellos, les daba testimonio de respeto y accedía á sus deseos de buen grado. A instancias suyas convocó en París á los principales leudos y á los obispos de los tres reinos, para poner remedio á las disensiones que destrozaban el Estado. En aquel campo de Marzo los señores, á quienes su union hacía preponderantes, no pensaron más que en consolidar su autoridad. Restituyó el fisco los bienes arrebatados á los vasallos por Brunequilda en las guerras civiles; fueron abo-

Además de los precitados autores, pueden consultarse PERTZ, *Gesch. des Merovingischen Hausmeister*, 1819.

GOUVE DE LONGUEMARE.—*Disertacion sobre la cronología de los reyes Merovingios desde la muerte de Dagoberto I hasta la consagracion de Pepino*, Paris, 1756.

SCHMIDT.—*Gesch. von Frankreich*, Hamburgo, 1835.

LEHUEOU.—*Historia de las instituciones merovingias y carlovingias*, Rennes, dos tomos.

Y entre los escritores antiguos: FREDEGARIO y sus continuadores; la compilacion de VALESIO, *Gesta Francorum*, tomo III; las crónicas publicadas por BOUQUET, t. II, III, IV y algunas vidas de Santos.

lidos diferentes impuestos; el clero y el pueblo recuperaron la eleccion de los obispos, y el privilegio de la jurisdiccion eclesiástica quedó confirmado.

Clotario nombró entonces á Pepino (5) mayordomo de la Ostria (622) confiándole, como también á Arnulfo, la educacion de su hijo Dagoberto, proclamado rey de esta comarca. A la muerte de Varnacario propuso el rey á los leudos que eligiesen un mayordomo para la Neustria; pero ellos rehusaron abrogarse jamás semejante derecho (6).

La tranquilidad interior permitió al reino algun respiro. Adquirió actividad el comercio con Inglaterra, España, Italia, Siria, Egipto, Africa. Los sajones que habían hecho nuevas incursiones, fueron batidos más allá del Weser por los dos reyes, y reducidos á pagar el tributo de quinientas vacas, como lo pagaban anteriormente.

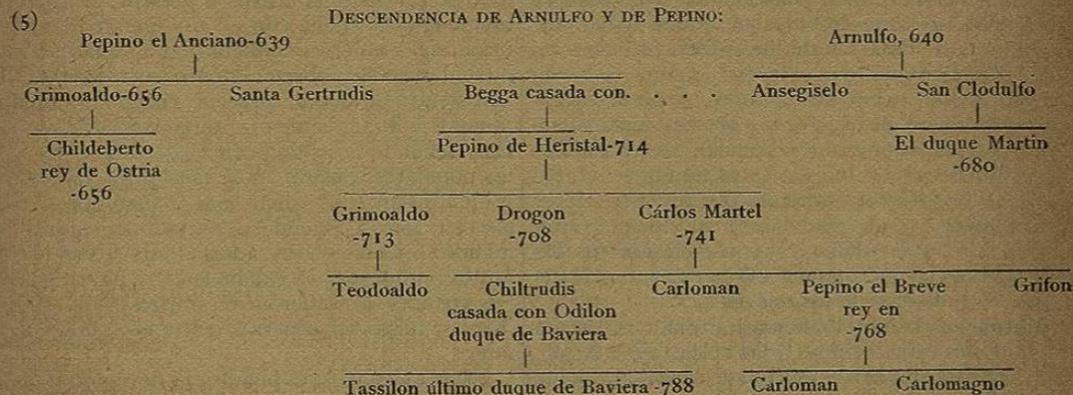
Dagoberto I, 628.—Cuando murió Clotario, se hubiera renovado la reparticion ordinaria entre sus hijos, si Pepino no hubiera inducido á los neustrios y á los borgoñones á reconocer á Dagoberto, que reinaba hacia seis años en la Ostria, mientras Cariberto, su hermano, era proclamado en Aquitania, á donde había huido.

Gascuña.—El linde de la Galia que se apoya en la vertiente occidental de los Pirineos, ocupada por los restos de los antiguos iberos (*vascos ó gascones*), había ido estrechándose cada vez más por las usurpaciones de los romanos y de los godos. Cuando los francos arrollaron á éstos últimos, no consiguieron avasallar á los vascos. Al revés, los hombres de corta estatura del Bearn vieron descender de sus rocas, en tiempo de Clotario II á aquellos gigantescos montañeses con sus groseras capas rojas con borceguies de crin, y ocupar el país á que dieron el nombre de Gascuña. Amand, su duque, había dado su hija Gisela en matrimonio á Cariberto, quien, habiendo sobrevivido pocos años, dejó al morir tres hijos, Hilderico, Bog-

gis y Bertran. Habiendo perecido el primero de muerte violenta, aspiró Dagoberto á incorporar la Aquitania á la corona (631), pero el duque de los gascones le obligó á dejársela á sus dos sobrinos como ducado tributario. Este ducado pasó posteriormente á Eudes, reputado por hijo de Boggis; y los duques de Aquitania, vasallos los más insignes de la corona franca, vinieron á ser el sosten de la decadente familia de los Merovingios hasta que se sepultaron bajo sus ruinas.

Habiendo tomado Arnulfo el hábito monástico, tuvo por sucesor á Cuniperto, obispo de Colonia, por cuyo consejo mandó Pepino formar una coleccion de las leyes de todos los pueblos germánicos que prestaban obediencia á Dagoberto. Este rey, ateniéndose á las sugestiones de los dos ministros, pudo proporcionar algun descanso al reino. Recorrió sus Estados administrando justicia en persona: protegió también el comercio, é instituyó la feria de San Dionisio, que atraía anualmente por espacio de cuatro semanas muchedumbre de sajones, españoles, longobardos y marseleses.

Igualmente iban los francos á traficar fuera; y ya bastante cultos para conocer la necesidad de los géneros de la India y de los productos de las manufacturas griegas, algunos jefes emprendieron el proyecto de abrirse á mano armada un camino entre Constantinopla y la Francia por el valle del Danubio. Partiendo de Baviera, último límite de los francos, proseguían su camino hasta el mar Negro; y bien preparados á repeler todo ataque, cruzaban el país de los ávares y de los búlgaros, y trasportaban de este modo el convoy de sus mercancías. Un tal Samon, natural de Sengau en el Hainaut, abandonó su país con objeto de dedicarse al tráfico y adquirió gran crédito cerca de una tribu de eslavos-venedos, chescos ó bohemios probablemente (623). Habiendo muerto por esta época el kacan de los ávares, sacudieron el yugo todas las poblaciones que le prestaban obediencia,



(6) *Clotarius cum proceribus et leudis Burgundia conjungitur, cum eos sollicitasset si vellent, mortuo jam Varnacario, alium in ejus honoris gradum sublimare. Sed omnes unanimiter denegantes se nequaquam velle majorem domum eligere, regis gratiam omnix petentes cum rege transigere.* FREDEGARIO, cap. 54.

como había acontecido en tiempo de Atila; y Samon dirigió tan acertadamente con sus consejos a su tribu adoptiva, que la emancipó de toda dependencia. Ella le galardonó con el título de rey, y se casó con doce mujeres que le dieron treinta y siete hijos, quince de ellos hembras. Pero habiendo insultado y saqueado sus súbditos a una caravana de mercaderes francos, pidió satisfacción de este desmán Dagoberto. Samon, cuya autoridad no era suficiente para obligar a los suyos a la restitución, trató de inducir a Dagoberto a contraer vínculos de amistad con los eslavos. *Es imposible*, le respondió el embajador sicario, *que cristianos siervos de Dios celebren alianza con perros*. Samon respondió a esta insolencia: *Si vosotros sois los siervos de Dios, nosotros somos los perros; y puesto que contra Dios cometéis tantos desmanes, hemos recibido de su autoridad licencia para morderlos*. Empezó la guerra; y los longobardos, aliados de los francos, tomaron parte en ella, así como los alemanes, sus tributarios; pero aun siendo derrotados por estos últimos y por el duque de Friul, unido a los neustrios, no por eso dejaron de penetrar los eslavos en la Turingia, talando todo su territorio; y llegados a Wogastiburgo, pusieron en derrota a los ostrianos (630).

Quizá estos se habían dejado humillar en odio a Dagoberto y para llenar de ignominia a este príncipe manchado con toda clase de vicios y maldades. Tenía tres mujeres y un sin número de concubinas. Yendo a diferentes provincias con objeto de administrar justicia, mandaba degollar, ora a uno de los grandes del país, ora a otro. Finalmente, los leudos de la Neustria, aburridos y no pudiendo sufrir la dominación de Pepino, se apoderaron de la persona del rey, obligándole a trasladar a París la capital del reino. Allí, aun conservando su empleo, se hallaba embarazado Pepino por los barones neustrios, quienes llegaron hasta el punto de atentar contra su vida. Quizá descontentos de esto, dejaron los ostrianos la victoria a los eslavos. Aumentóse todavía más con las sospechas la crueldad de Dagoberto. Poco antes había dado asilo en Baviera a una tribu de búlgaros, que se había sustraído a la dominación de los ávares: entonces temió que se uniera a los eslavos, y mandó que fueran asesinadas nueve mil familias. A fin de asegurar la frontera de la Ostría procuró ganarse el afecto de los sajones meridionales, indultándoles del antiguo tributo de quinientas terneras, y apaciguó a los ostrianos, dándoles por rey a su tercer hijo Sigeberto (633), que confió al obispo Cuniberto y al duque Adalgiselo, con exclusión de Pepino. Así consiguió oponer una buena línea de defensa a los ataques de los eslavos.

Bretones.—También habían levantado la cabeza los bretones establecidos en las costas de la Armórica, y a cada mudanza de rey se lanzaban como saqueadores sobre las orillas del Loira y del Sarte. Durante las disensiones civiles en tiempo de Brunegilda y de Fredegunda, habían permanecido

independientes, y cuando Dagoberto ascendió al trono, el duque Judicael tomó el título de rey, y les dejó continuar sus incursiones sobre las tierras de los francos. No osando Dagoberto dejar sus torpes ocios para reprimir las sediciones, envió a San Eloy a fin de que entrara en tratos con Judicael, quien, por sugestión suya, fué al palacio de Clichy, residencia de Dagoberto. Recibióle espléndidamente, obtuvo ricos regalos y celebró alianza con él; pero lejos de perder nada de su independencia pudo entonces hacer valer su título de rey, ya legitimado, sobre la inquieta nobleza de su país. De este modo parecía consolidarse en medio de la Francia otro reino, cuando la muerte de Dagoberto y de Judicael dejaron a Alano, hijo de este último, espuesto a ataques de que sus juveniles años y su flaqueza no le consentían salir triunfante. Ocuparon diferentes porciones de territorio los magnates vecinos: se apropiaron los reyes francos las poblaciones de Nantes, Rennes, Dol, Saint-Malo, y la herencia de los descendientes de los antiguos reyes se redujo al país de Cornouailles.

Dagoberto, que alternaba entre los deleites y la devoción, entre el libertinaje y la penitencia, enriquecía a los monasterios y a las iglesias con el fin de acallar los remordimientos: fundó muchas abadías, y con especialidad la de San Dionisio (632), que dotó magníficamente, desposeyendo a otras iglesias, poco temeroso de atraerse la cólera de los santos, a quienes ofendía, si obtenía la protección de aquel a quien había hecho objeto de su predilección soberana. Tuvo constantemente a su lado dos hombres que fueron posteriormente colocados entre los bienaventurados. Ovano, encargado de la custodia de su sello, y después obispo de Ruan, gozaba de una reputación tan grande, que el duque de los bretones rehusó el convite del monarca por ir a comer con el santo ministro.

San Eloy.—Eloy de Cadillac ejercía la profesión de platero. Habiéndole encargado el rey un trono todo de oro y de pedrería, quedó tan satisfecho de su obra que mandó se le pagara con arreglo a su mérito. Entonces el artista le presentó otro enteramente igual y hecho con el oro que le había sobrado del primero y hubiera podido guardarse impunemente. Dagoberto admiró una lealtad que, aun siendo un deber, parecía virtud en aquellos tiempos, y le confió la dirección de la ceca. Eloy secundó la magnificencia del rey, y los cantos populares ensalzaban el fausto de Dagoberto, la silla de oro y el tahalí que había hecho Eloy para su uso. Habiéndose retirado enseguida del mundo, se ocupaba en adornar las urnas de los santos, empleando la ganancia en redimir esclavos. Sus virtudes le valieron el obispado de Noyon (640), y luego ser venerado entre el número de los santos.

Estas amistades, el boato y la devoción con que cantaba personalmente en el coro con los religiosos, pudo hacer que le perdonaran los cronistas su debilidad y sus vicios, de cuyas resultas gemía y

languidecía el pueblo. Habiendo caído enfermo en el palacio de Epinay, hizo que se le trasladara a San Dionisio, y allí murió a la edad de treinta y seis años, después de haber recomendado la reina Nantilda y sus hijos al celo y lealtad de los obispos y de los magnates (638).

Mayordomos.—Después de Dagoberto ningún rey gobernó por sí mismo; toda la autoridad fué abandonada a los mayordomos de palacio, quienes durante la menor edad de una serie de príncipes niños, ejercieron el poder plenamente, unas veces en lucha, otras de comun acuerdo con los tutores de los príncipes ó con los grandes vasallos. Cincuenta años de guerras civiles fueron la consecuencia de semejante estado de cosas.

Se consideraba a la Ostría y a la Neustria como a dos distintas naciones: la primera, más teutónica por su vecindad y costumbres, y la segunda más romana. La civilización progresiva de los neustrios, y el no haber podido los grandes reprimir a los arimanes ó pequeños propietarios, ni adquirir una posición estable, hacia que su rey prevaleciese. Al revés en la Ostría se había robustecido la alta nobleza, llegando hasta el punto de equilibrar el poder del monarca: produjo, de consiguiente, en esta época una revolución que dió la preponderancia a los países del Rhin, sobre los próximos al Sena, é hizo dominar nuevamente las ideas aristocráticas de la Germania.

Quedó repartido el reino de Dagoberto entre Sigoberto II, rey de Ostría, y Clodoveo II, rey de Neustria y de Borgoña; éste, de edad de tres años, y aquél apenas fuera de la tutela. Valió, sin embargo, la prudencia de Pepino, que, de regreso en Ostría, recuperó allí la dignidad de mayordomo (7), y celebró un tratado de paz con Egas, mayordomo de palacio del rey de Neustria, encargado de su tutela con la reina Nantilda.

Por desgracia Pepino y Egas murieron hácia la misma época (639-43), y no les igualó en habilidad ni en desinterés ninguno de sus sucesores. El pues-

(7)	Mayordomos.	
Bertoaldo en.		Borgoña.
Protadio.		Id.
Warnacario.		Id.
Landrico en.		Neustria.
Egas.		Id.
Erquinoaldo.		Id.
Ebroino.		Id.
Waraton.		Id.
Gislemario.		Id.
Bertario.		Id.
Teodoaldo.		Id.
Raganfrido.		Id.
Arnulfo en.		Ostría.
Pepino.		Id.
Grimoaldo.		Id.
Wulfoaldo.		Id.
Pepino de Heristal.		Id.
Cárols Martel.		Id.

to de Pepino fué disputado entre Grimoaldo, su hijo, y Oton, preceptor del rey; pero habiendo sido asesinado el segundo por Leuter (642), duque de los alemanes, Grimoaldo se enseñoreó del poder supremo. Empleó en robustecer la autoridad real contra los grandes, uno de los cuales, Radulfo, había tomado el título de rey de Turingia. En el transcurso de catorce años, Grimoaldo favoreció la justicia y marchó de comun acuerdo con Sigeberto, si bien al morir este príncipe encerró a su hijo Dagoberto en un convento de Irlanda, é intentó colocar en el trono a Childeberto, su propio hijo (635).

Clodoveo.—No se lo consintió la rivalidad de los magnates ostrianos: pusieronle preso en unión de su hijo, haciendo entrega de ambos al mismo tiempo que del reino a Clodoveo II, quien les hizo morir en París encarcelados.

No era menor la ambición de Erquinoaldo, mayordomo de Clodoveo. Aspirando a dominar sin freno, especialmente después de la reunion de los tres reinos y los tres mayordomos, rebajaba a los grandes dignatarios, para elevar a la clase media de los arimanes, oprimida por el predominio de los leudos. Este modo de proceder desagradó a la reina Nantilda, la cual, viéndose privada de toda autoridad, se encaminó a Borgoña, é hizo que eligieran allí los grandes para mayordomo de palacio a Flaocato, de origen franco, a quien concedió la mano de su sobrina. A pesar de todo no resultó de este suceso guerra entre los dos rivales. A poco sobrevino la muerte de Flaocato, y Erquinoaldo volvió a encontrarse a la cabeza de los tres reinos, y con su pujanza los hizo florecer nuevamente. Láminas de oro y de plata adornaban el sepulcro de San Dionisio: Clodoveo mandó que fueran arrancadas de allí con objeto de comprar pan a los pobres. Entonces dijeron los monjes que había perdido el juicio por un castigo del cielo: otros le alabaron por semejante conducta, aunque en realidad no figuraba más que como instrumento en las manos de Erquinoaldo.

Batilde.—A fin de dominarle más fácilmente hizo que se casara con una doncella de rara hermosura, llamada Batilde, robada por corsarios en las costas de Inglaterra, pero virtuosa en extremo; supo hacerse amar tanto, que lejos de echarle en cara los contemporáneos su origen incierto, tomaron ocasión de lo ocurrido para suponer que pertenecía a régia estirpe.

A la muerte de Clodoveo mantuvo Erquinoaldo el reino indiviso entre los hijos de este príncipe (656), Clotario III, Childerico II y Thierry III, que reinaron bajo la tutela de Batilde, quien se dejó dirigir dócilmente por el mayordomo, autor de su fortuna. Cuando éste murió, estallaron las disensiones (660) y fué dividido el reino. Agrupáronse los grandes de la Neustria y de la Borgoña entorno de Clotario III, dándole su mayordomo al conde Ebroino que, nacido en la condición mas infima, se había elevado a tan alta categoría en fuerza de ambición

reducía al título de tal, á sentarse en el escabel de oro sin reclinatorio, á gastar barba y cabellera largas, y mandar en la apariencia. Daba audiencia el monarca y respondía á los embajadores, si bien le era dictada esta respuesta. Señalábale el mayordomo de palacio una renta determinada, además de la cual poseía una pequeña casa de campo, algunas tierras y un número de esclavos apenas suficiente para su servicio. Allí vivía todo el año, para no salir más que en el mes de mayo, como una antigua reliquia que todavía infunde respeto. Subiendo entonces á un carro tirado por bueyes, cuyo paso lento aguijaba un aldeano, comparecía á la asamblea de los grandes con el manto azul y blanco, en figura de dalmática, cortado por ambos lados, cayendo hasta los pies por delante y por detrás arrastrando; llevaba en la cabeza un aro de oro, con una doble hilera de piedras preciosas, y en la mano una vara de oro de seis pies de altura, cuya punta estaba enriquecida con pedrerías (12). Recibía el donativo anual y retornaba á su mansión enseguida. Pero todo lo concerniente al Estado, tanto en lo interior como en lo exterior, era negocio del mayordomo de palacio que mandaba en su nombre.

A la muerte de Thierry (691), Pepino confirió la corona á Clodoveo III, enseguida (695) á Childoberto III, hijo de aquél, y después (711) á Dagoberto III, hijo del último. No hubo rey en Ostria. Pepino mostró respeto y condescendencia hacia los leudos neustrios, é hizo que su hijo Grimoaldo se casara con Anstruda, viuda de Bertario. Habiendo convertido el ducado de Ostria en centro del gobierno, cuya sede fué Colonia ó Heristal, cerca de Lieja, colocó en París á Norberto en calidad de mayordomo de palacio, y después á su hijo Grimoaldo, si bien esto no era más que una sombra de independencia, dado que nada se hacía sino en virtud de sus órdenes.

Sin embargo, muchos señores y príncipes tributarios solo habían prestado ayuda á Pepino para reinar con él y no para que descollara sobre ellos. Negaron, pues, á este advenedizo la obediencia que habían prometido á los Merovingios. Alano, duque de los bretones, Eudes, duque de Aquitania y de Gascuña, Ratbod, duque de los frisones, Godofredo y Villicaro, duques de los alemanes, se declararon independientes. En su consecuencia Pepino tuvo que ocuparse, ante todo, en restablecer la tranquilidad en lo interior: les acometió y

dum genus principum, et nihil aliud agere vel disponere quam irrationabiliter edere et bibere, domique morari, et kal. Maii prasidere coram tota gente, et salutare illos et salutari ab illis. Historia miscella.

(12) Así aparece en el ceremonial de la asamblea convocada en Valenciennes el año 693.

venció antes de que hubieran podido aumentar su fuerza obrando de comun acuerdo.

Entonces se aplicó á poner remedio á los desórdenes que se habían introducido en la administración. Cuando había sido reconocido por los leudos duque de Ostria, ya disponía allí á su antojo de los feudos, y recibía homenaje de los vasallos inmediatos de la corona; nombraba á los magistrados, duques, condes y centenarios; era el rey en suma. Ahora extendió esta autoridad sobre la Borgoña y la Neustria, y de esta suerte se encontró árbitro de trescientos ducados: confería ó confiscaba feudos, recibía embajadores, todos se dirigían al poderoso mayordomo con más gusto que á los perezosos Merovingios en los veinte y siete años que gobernó.

Menos observador de la religión que de los usos germánicos, se casó con dos mujeres, Plectruda y Alpaída; tuvo en la primera á Drogon, duque de Champaña, que murió antes que él (708), y á Grimoaldo, mayordomo de la Neustria. Este último estaba designado para suceder á su padre; pero habiendo sido asesinado por el frison Rantgar en la iglesia de San Lamberto, en Lieja (713), Pepino trasladó á Teodaldo, hijo natural de Grimoaldo, de edad de seis años, la autoridad de éste bajo la dirección de Plectruda. Esta corrió, de consiguiente, á la Neustria tan luego como Pepino cerró los ojos (16 diciembre de 714); para ganarse la voluntad de los leudos, ó para obligarles á admitir á aquel mancebo por tutor de Dagoberto III, también niño. Pero alegres éstos, viéndose al fin libres de la administración vigorosa de Pepino, levantan la cabeza, y escitando algún sentimiento de pundonor en Dagoberto, le deciden á empuñar las armas (715). Atacando entonces á los ostrianos en la selva de Compiègne, le hacen experimentar tal derrota, que con mucho trabajo logró refugiarse en Colonia, donde al poco tiempo murió.

Chilperico II.—Muy pronto vuelve á caer Dagoberto en su habitual indolencia, y los magnates neustrios derogan cuanto había sido hecho por Pepino. Raganfrido es elegido por ellos mayordomo: muerto posteriormente el rey, encumbran al trono á aquel hermano Daniel, á quien ya hemos mencionado, supuesto hijo de Childerico II, dándole el nombre de Chilperico II.

Propónase Raganfrido cambiar completamente aquel estado de cosas y avasallar los francos orientales á los de Occidente. En su consecuencia se constituyó mayordomo de las provincias situadas á la orilla izquierda del Mosa y celebró alianza con Ratbod, duque de los frisones. Desagradó á los ostrianos tanto el caer en la dependencia de los occidentales como permanecer bajo el gobierno de una mujer y de un niño, si bien, desunidos y sin guía, ignoraban á qué partido atenerse.

CAPÍTULO XI

CÁRLOS MARTEL Y SUS HIJOS.

Pepino de Heristal había tenido de Alpaída un hijo llamado Carlos (691), á quien había desheredado como cómplice del asesinato de Grimoaldo. Temerosa Plectruda de que, valiente y resuelto como era, desbaratara sus proyectos, le había mandado encerrar en Colonia; pero tan luego como él se informó de las disposiciones hostiles de los ostrianos, logró fugarse, y muy en breve fué proclamado príncipe de los francos orientales por los vasallos de su padre y por los principales señores (715).

Carlos, cuya robusta mano sabía hacer uso de la francisca, acometió á los frisones que se adelantaban sobre Colonia á instigación de Raganfrido, y los puso en derrota; y aunque por ser inferior en número no pudo estorbarles que verificaran su incorporación con los neustrios que asediaban aquella ciudad, los acosó de tal manera, que les obligó á emprender la retirada. Habiendo pasado en seguida las Ardenas con fuerzas de más consideración, venció á los neustrios en las inmediaciones de Vincy (21 de marzo de 717) y avasalló á todo el territorio hasta el Sena. Entonces hizo proclamar rey de Ostria á un supuesto Merovingio con el título de Clotario IV, que murió al cabo de dos años. Una invasión de sajones interrumpió el curso de sus triunfos (718): apenas los ha repelido hasta el Weser, vuelve de nuevo á la carga: le abre Plectruda las puertas de Colonia, y le entrega los tesoros, de que le dejaba por heredero la muerte de Teodaldo. Derrota nuevamente en Soissons á Raganfrido (719), se apodera de París y somete la comarca hasta el Norte del Loira.

San Huberto.—Los aquitanios, que siempre miraron á los francos como extranjeros, habían combatido con Raganfrido en defensa de los Merovingios. Huberto, uno de sus condes, cazador famoso, fué en un principio á establecerse en la

Neustria con Ebroino, y después con Pepino en la Ostria. Pero habiéndosele aparecido cierto día en la selva de las Ardenas un ciervo milagroso, abandonó el siglo por servir á Dios, fundó el obispado de Lieja, y fué invocado como patrono de los cazadores.

Eudes, conde de Aquitania, de Gascuña y de Provenza, que se había hecho independiente después de la batalla de Testry, y acababa de ser derrotado en Soissons, celebra un tratado con Carlos, en cuyas manos entregó á Raganfrido y al rey Chilperico II. Es confinado á Angers el primero: queda reconocido como rey el segundo, y Carlos gobierna en su nombre. Cuando éste termina su existencia, saca de la abadía de Chelles á otro jóven, que dice ser hijo de Dagoberto III (720), y á quien intitula Thierry IV. Muerto también éste (737), creyó superfluos tales fantasmas, y no eligió más rey.

Carlos, á quien sus primeras victorias habían valido el sobrenombre de Martel, lo justificó de un modo completo con las que alcanzó posteriormente, porque pasó casi toda su vida en lides, tanto dentro como fuera, contra los enemigos del reino. Tuvo necesidad de ponerse en marcha cinco veces contra los indomables sajones, obligando finalmente á parte de ellos á pagarle un tributo (738). No tuvieron más arbitrio los bávaros y los alemanes que el de doblegarse á su yugo, y sus duques volvieron á ser vasallos de los francos, cuyo reino recuperó de esta manera sus antiguas fronteras hácia Oriente. Convirtiendo durante este tiempo San Wilibrod á los frisones, les civilizaba algo, y les inclinaba á respetar á los cristianos sus vecinos.

Invasión de los árabes.—En esto se adelantaban nuevos enemigos por las comarcas meridionales. Los árabes, que acababan de someter la España y